

CUANDO LA CANCHA HABLA

LA CULTURA Y POLÍTICA SUDAMERICANA A TRAVÉS DE LA COPA MUNDIAL DE LA FIFA

Por: Carlos Espitia y Christopher Ramírez

El próximo 14 de junio inicia la redacción de una nueva página en la historia de las Copas Mundiales de fútbol, esta vez en Rusia. Será la XXI edición del torneo más importante del balompié internacional, que desde 1930 cuenta con los mejores jugadores de cada época.

Sin embargo, tal y como sucede en las ligas y campeonatos a nivel de clubes, fuera del campo de juego hay un protagonista más. El llamado jugador 'número 12' está conformado por los millones de hinchas que alientan sin parar a su seleccionado nacional o, simplemente, sienten afinidad por uno de los 32 equipos que luchan por un lugar en el Olimpo futbolístico.

Pero esta pasión no nace de la noche a la mañana. Viene ligada de una tradición, identidad y cultura. La efusión se

reproduce en la misma esencia del hincha que ve en su Selección la opción de hacer algo más que ganar un partido de fútbol: hacer historia; algo innato en la sociedad sudamericana.

Momentos mágicos como el triunfo de Argentina sobre Inglaterra en el Mundial de 1986; o dolorosos como la derrota de Brasil ante Uruguay en 1950, en el llamado 'Maracanazo', representan circunstancias que convirtieron los estadios de fútbol en recintos en donde renació la esperanza de todo un pueblo o, por el contrario, la desolación de otro.

De esta forma, ya sea por política, venganza, resiliencia o simple diversión, la Copa Mundial ha sido testigo de grandes experiencias, y de las cuales aún existen los recuerdos que mantienen viva la imagen cultural de esta pasión.

Colombia 4-4 URSS: el triunfo de toda una nación

Desde la llegada del fútbol a Colombia en 1892, según el periodista Enrique Santos Molano, bajo las órdenes del director de la Escuela Militar, en Bogotá, el coronel estadounidense Henry Rown Lemly, han sobresalido las significativas muestras de brillo que ha visto surgir Colombia en sus ídolos carnales. Aunque no hayan tenido el poder de los dioses del Olimpo, sí tienen la enorme virtud de inundar la garganta y pensamientos de sus súbditos con una sola palabra: fútbol.

Y es en este siempre sublime mundo que personajes como Marcos Coll, Carlos 'El Pibe' Valderrama, Freddy Rincón y James Rodríguez, han hecho parte de una lista de jugadores que tuvieron la oportunidad (o privilegio) de ser parte de un oasis de satisfacción y gloria, al actuar en la máxima reunión futbolística a nivel internacional: la Copa del Mundo de la FIFA.

La primera esperanza: Chile 1962

La séptima edición del torneo de selecciones más importante del mundo tuvo lugar en Chile. Un país que para el fútbol no representaba algo más que un simple terreno al sur del continente americano.

Aun así, el representante chileno ante la FIFA, Carlos Dittborn, sorprendió a todos los delegados al momento de la votación de la sede de 1962, con unas sabias palabras que dejaron sin oportunidad a Argentina, país que también luchaba por ser el organizador del evento: "porque no tenemos nada, queremos hacerlo todo", fue la mítica frase que convenció a 32 de los delegados en el Congreso de la FIFA llevado a cabo en Lisboa (Portugal), el 10 de junio de 1956.

Cuando se llegó el momento del Mundial, el presidente colombiano de aquella época era el liberal Alberto Lleras Camargo, quien se posicionó como el primer mandatario del llamado Frente Nacional. La idea de esta coalición política (en la que liberales y conservadores se turnaron el poder entre

1958 y 1974) era lograr retomar las riendas de la democracia en Colombia, la cual se había visto derrotada por las ideas ‘socialistas’ y ‘populistas’ traídas por el general Gustavo Rojas Pinilla desde 1953 a 1957, año en que cedió el puesto a una Junta Militar.

Por supuesto, la historia no oficial relata que más allá de luchar en contra del socialismo que emergía poco a poco en Colombia, el fin del Frente Nacional era devolver el poder a una clase política formada por los partidos tradicionales. El odio ideológico existente entre conservadores y liberales desde mediados del siglo XIX, se dejó a un lado cuando un enemigo en común amenazó con incomodarlos en la ‘eterna’ permanencia en el poder.

Sin embargo, como dice la frase cliché: “quien gana la historia es quien la escribe”. Este acto de ‘hermandad’ política quedará fija como un hecho de rebelión, en el que se abogaba por un triunfo de la democracia sobre el monstruo socialista y populista de Rojas Pinilla y su Tercera Fuerza.

En ese orden de ideas, con una Colombia presta en la unión de la política bipartidista, más que en el deporte, la

Selección de fútbol de dicho país no representaba mayor ilusión para su pueblo. El balompié profesional en Colombia era joven en relación con el resto de los países de la región, al solo contar con 14 años desde su primer campeonato oficial.

Por lo mismo, si las masas populares no se quedaban sin aliento por la clasificación colombiana a Chile 62, ¿por qué las élites habrían de hacerlo? Ejemplo de esto es la siempre cómica y sorprendente anécdota que relató en algún momento de la historia el portero de aquella época, Efraín ‘El Caimán’ Sánchez, en relación con la despedida por parte del presidente Lleras, minutos antes de partir a tierras chilenas.

“El día que nos fuimos a Chile, el presidente nos dijo: ‘Muchachos, que les vaya bien y que anoten muchas canastas’”, recordó el exfutbolista colombiano.

No obstante, tal y como lo expresa Hugo Ocampo Villegas, escritor, periodista y estadígrafo colombiano, “el fútbol ha sido capaz de convocar a jefes de Estado, a militares que usaron algunos Mundiales para su imagen, hasta el mismo Papa”, siempre en pro de lograr algo más que un simple triunfo futbolístico. No importa la

forma en la que se dé, pero “el fútbol ha logrado afincarse, a través de los años, en la sofisticada política internacional”, concluye Ocampo Villegas. Justamente, esto fue lo que ocurrió en 1962.

Para dicho año, la Guerra Fría estaba en todo su esplendor y la batalla política, social y económica entre capitalistas y socialistas era cada vez más competitiva. Además, Cuba (considerado como “el patio trasero de Estados Unidos” hasta la revolución llevada a cabo por Fidel Castro, en 1958) se convertía ahora en el principal representante de las reformas socialistas expuestas por la Unión Soviética (URSS) en América. Por lo tanto, la potencia del Norte americano no podía permitir que el “virus” promulgado por Karl Marx en el siglo XIX invadiera el resto de sus aliados en el centro y sur del continente. Por supuesto, Colombia no era la excepción.

Es por esto que la participación de la Selección colombiana de fútbol en el campeonato organizado por Chile, sería una oportunidad para que el país *cafetero* mostrara su compromiso con los ideales norteamericanos. En el grupo de Colombia habitaban dos monstruos del socialismo europeo: Yugoslavia y, el

“enemigo de América”, la Unión Soviética. Aunque también estaba Uruguay, los *charrúas* pasaron desapercibidos ante la oportunidad de derrotar a la ideología socialista, propia de los otros dos equipos.

De hecho, la derrota por 2-1 frente a la selección de Uruguay, en lo que fue la primera actuación de Colombia en la historia de la Copa Mundial de Fútbol, pasó desapercibida en el imaginario deportivo, político y social de los hinchas colombianos.

No importó que la primera imagen que se tenga de la Selección *cafetera* en un Mundial sea una caída ante una Selección uruguaya que, para la época, era una de las más laureadas del torneo con dos títulos: 1930 y 1950; número que solo igualaba Italia (1934 y 1938). Pero Los ojos colombianos estaban fijos en el encuentro con las URSS. Para Colombia, ese era el plato fuerte de la Copa Mundial.

El 3 de junio de 1962 todo estaba listo para el choque entre americanos y europeos. Unos de corte capitalista, mientras que los otros llevaban el socialismo de Lenin y Stalin escrito en sus venas. Los primeros diez minutos

fueron testigos de una ‘invasión’ soviética sin precedentes. Con tres goles antes del primer cuarto de hora, el equipo de la URSS había apaleado a una Selección colombiana que no mostraba señas de mejoría alguna... hasta el minuto 21 del primer tiempo: Hermann ‘Cuca’ Aceros pudo reducir el marcador a tan solo dos goles de diferencia, y así llegaron al descanso. Después de 45 minutos de vergüenza total, el equipo *cafetero* se marchó del campo de juego con un resultado adverso de tres tantos contra uno.

Pero, el patriotismo no podía olvidarse, ni la lucha que enfrentaban aquel día frente a los descendientes del comunismo europeo. Dicen que Adolfo Pedernera, entrenador del combinado colombiano y mítico jugador del club Los Millonarios durante la llamada época de ‘El Dorado’, realizó a cada uno de sus jugadores una curiosa pregunta: “¿Saben cantar?!”. Con una mirada de asombro, pero con la convicción de que su director técnico no preguntaría algo así al azar, los futbolistas colombianos respondieron al unísono un potente “Sí”.

Entonces, no importó que Pedernera fuera argentino para que tomara la batuta en ese

momento e iniciará a cantar el himno colombiano. “Oh, gloria inmarcesible. Oh, júbilo inmortal..”, fue el canto que se escuchó en los vestidores de la selección de Colombia. Todos, a una sola y potente voz. El orgullo patrio había sido herido por 45 minutos, pero aún quedaban otros 45 para cobrar venganza.

Los primeros minutos del segundo tiempo no parecía que fueran a ser diferentes a la primera parte. Aunque Colombia trataba de atacar la defensa soviética, en tan solo 11 minutos de juego, Poneldenik colocó el 4-1 en el marcador.

No obstante, después del gol que marcaba un fin, se hinchó el cuerpo de amor por su patria, y el equipo colombiano inició una nueva historia. Al minuto 23, Marcos Coll pondría el segundo gol de Colombia, esta vez desde cobro de tiro de esquina, mostrando la torpeza de los defensas europeos, e incluso de ‘La araña negra’, Lev Yashin. Considerado por varios rankings internacionales como el mejor portero de todos los tiempos, Yashin permitió el ingreso del balón directamente desde la esquina del terreno de juego, por lo que la anotación de Coll es, hasta la fecha, el único gol olímpico de la historia de los mundiales de fútbol.

Luego vendría la hazaña: en menos de diez minutos, el combinado colombiano empató el encuentro, dejando en absoluto asombro a los asistentes del estadio Carlos Dittborn, en Arica y a todo un pueblo que, minutos o días después, se enteraron de la asombrosa noticia. El 4-4 contra la Unión Soviética pasó a la historia como una muestra de gallardía, fervor y lucha por parte de Colombia.

Al día siguiente, el 4 de junio, los diarios en Colombia decidieron dejar la rivalidad comercial a un lado, para dar paso a la histórica gesta deportiva y política que la Selección colombiana había logrado en Chile.

Medios como El Tiempo y El Espectador posicionaron en letras grandes, titulares que hacían referencia al épico empate contra la URSS. Fue tal la emoción, que incluso caricaturistas de la época como 'Aldor' y 'Henry' (ambos de El Tiempo), recordaron que más que un punto, la igualdad en Arica representó una cachetada al socialismo soviético y al presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética, Nikita Jrushchov, en 1962.

En aquel campeonato, Brasil ganó su segundo mundial consecutivo con

Garrincha como comandante ante una terrible lesión de Pelé. El segundo fue la desaparecida Checoslovaquia, mientras que Chile ocupó el tercer lugar, siendo, sin duda alguna, la sorpresa del torneo.

Colombia, por su parte, terminó eliminado en fase de grupos después de caer por 5-0 frente a Yugoslavia y obtener solo un punto de seis jugados. Con todo esto, para la Colombia de los años 60, solo importó el 4-4 contra la Unión Soviética. Dicho partido no dejó un empate contra una de las mejores selecciones de la época, sino una épica victoria contra el 'monstruo' del socialismo mundial.

Jogo Bendito

La nación que respira fútbol, la tierra que fue bendecida por un Dios futbolero que les brindó la capacidad de enamorar al mundo con un talento innato, el país en donde en cada esquina, en cada pelada se congregan las esperanzas de triunfar como las leyendas del pasado cuyos nombres reposan en la gloria que el fútbol ha traído a la nación del jogo bonito. Brasil es, sin ninguna duda, el mayor exponente del balompié a nivel mundial, solo ellos han sido capaces de adherir el fútbol a su esencia, a su cotidianeidad.

Como todo en la vida, el fútbol de Brasil ha tenido altibajos: Amargas tragedias que hicieron derrumbar a una nación y enormes victorias que demostraron con creces que Brasil es la cuna del mayor talento futbolístico que la humanidad haya visto.

Don y condena

Alguna vez se ha preguntado ¿Por qué los brasileiros son tan buenos para el fútbol? ¿Será un don innato otorgado por los dioses? Quienes, tal vez, posaron sus ojos sobre uno de los continentes más desiguales y optaron por brindarles alegrías a sus habitantes por medio de una esfera divina que buscaba los intérpretes que mejor la trataran. ¿Es un talento desarrollado a través del paso del tiempo? ¿Una mera coincidencia? Todas estas interrogantes pueden ser resueltas con tan solo una palabra: Jeitinho.

Jeitinho (en español podría entenderse como juego de cintura) es un término meramente brasileiro que demuestra lo que significa ser brasileiro. Socialmente se podría decir que el Jeitinho es la capacidad para salir airoso de un problema, dejando a un lado lo “legal” recurriendo al engaño. Desde sobornos a agentes policiales hasta engaños a instancias burocráticas por dejar todo a

última hora y pedir prórrogas de tiempo para ponerse al día con sus obligaciones, el Jeitinho está impregnado en el ADN brasileiro.

El origen de este estilo de vida tan característico se remonta a la llegada del balompié a Brasil. Como en casi todos los relatos del origen del fútbol en Sudamérica, fue a través del arribo de un europeo a suelo americano, esta vez, con Charles Miller, hijo de un escocés y una brasilera, como protagonista. A diferencia de otras historias Charles Miller ya conocía Brasil antes de traer esa nueva y naciente propuesta del fútbol. Miller viajó a los nueve años a Europa para realizar sus estudios y diez años después volvió a su tierra con un balón debajo del brazo. Fue en 1895, con la llegada de Miller, que el fútbol tocó tierra brasilera aunque, siguiendo el estilo de vida británico, el fútbol era un deporte exclusivo de las élites.

Con el paso de los años se fue popularizando el fútbol en todas las esferas sociales de Brasil, sin embargo, chocaban dos estilos muy marcados. Por un lado, las élites mantenían el juego físico de los inventores del fútbol, los ingleses, mientras que la clase popular

(mayoritariamente negros) tenían muchas más facilidades al combinar movimientos del capoeira y el baile propio del carnaval, creando así un estilo de fútbol mucho más alegre y fantasioso, pero con mucha indisciplina. Estos fueron los primeros pasos del Jeitinho en el fútbol brasileiro.

Era tal la lucha de clases en aquella época que cada uno, burguesía y proletariado, creó su propia liga al verse estos segundos impedidos a competir con las élites por el mero hecho de no aceptar negros. La práctica del fútbol se volvió entonces, una forma de luchar y reivindicarse ante la clase oligarca dominante. Sin embargo, al ver el talento que poseían los jugadores de la clase popular, poco a poco se fue unificando el fútbol brasileiro (solo con jugadores, las clases altas no aceptaban que un director técnico o algún directivo fuera negro) hasta formar una única liga que integraba ambos bandos.

Con el paso del tiempo el Jeitinho pasó a ser el estilo predominante del fútbol brasileiro, esto en aras de empezar sobresalir en la práctica del fútbol, ya que para aquellos años Argentina y Uruguay, cada uno con estilos muy marcados, eran

las potencias sudamericanas obteniendo títulos continentales, mundiales y olímpicos. No obstante, la magia y la alegría propias del estilo brasileiro se veían truncados por la rebeldía táctica que mostraban sus jugadores. Por eso no es raro encontrar que en las dos primeras Copas del Mundo los resultados fueron paupérrimos.

Para el Mundial de 1938 hubo un cambio. Si bien el Jeitinho seguía presente, era indispensable ordenar tanta alegría. Luego de muchos ires y venires de distintos directores técnicos, Izidor Kürschner, un exitoso ex jugador húngaro (que para aquel entonces era toda una potencia futbolística) trajo consigo el rigor táctico que podía juntarse con el descaro del Jeitinho para configurar el verdadero espectáculo. Gracias a su nueva forma de entrenar y su predisposición de juntar el talento con la táctica, Kürschner llevó a la selección Brasil al tercer lugar del campeonato del mundo.

Este fue el comienzo de la grandeza para Brasil. Pese a la tragedia del Maracanazo, el estilo que había impreso Kürschner en el fútbol brasileiro no se perdería. Tal y como pasó con su uniforme (antes del

Maracanazo Brasil jugaba con uniforme blanco, luego de este hecho jamás lo volvió a usar y adoptó el amarillo y el verde) la metamorfosis del Brasil subcampeón a aquel que alzó la primera Copa fue más que evidente. A medida que se iba perfeccionando el nuevo estilo del Jeitinho táctico, crecía cada vez más su potencial individual lo que le permitió contar con talentos que han adornado el firmamento futbolístico década tras década.

La imagen más representativa del éxito de Brasil es tal vez la historia de cómo Pelé, siendo un niño, entre las lágrimas ocasionadas por el Maracanazo le prometió a su padre que él mismo ganaría un mundial para su alegría y la de su país para que, exactamente veinte años después, lograra conseguir su tercer título del mundo y un pasaje directo al olimpo del fútbol. Sin embargo, hay un par de historias que muestran que aun en tiempos más cercanos, en los siglos XX y XXI, el descaro del Jeitinho original del fútbol practicado por los marginados que lleva en su esencia el baile y la danza, sigue presente.

Un ángel con las piernas torcidas cayó del cielo para regalarle al mundo sus

endemoniadas gambetas. Manuel Francisco dos Santos, popularmente conocido como "Garrincha" ha sido uno de los talentos más prolíficos y polémicos de la historia del fútbol. De su cuerpo defectuoso salían las más indescifrables gambetas. Tenía los pies girados hacia adentro 80°, su pierna hábil (la derecha) era más larga que la otra y tenía la columna vertebral desviada. Con todo lo anterior, "Garrincha" fue uno de los hijos más destacados del Jeitinho. Él solo jugaba por diversión, no por ser reconocido, no por ser alabado. Solo quería sentir el balón entre sus pies para ser feliz.

Para él, el fútbol cobraba otro valor. Para el Mundial de 1958 estuvo a punto de no ser convocado debido a su precario estado físico y psicológico. Poseía la locura de un genio. Su única obsesión era driblar rivales, uno tras otro, apodándose a todos como Joao (uno de los nombres más comunes de su nación), dando muestra de lo superior de su habilidad comparada al resto de terrenales. En su trayectoria con Brasil solo perdió un partido y consiguió dos títulos del mundo, los primeros para su país. No obstante era claro que para él no significaban mayor cosa y así lo dejaba ver en sus siempre sinceras y poco

inusuales declaraciones: "Sólo hemos ganado un campeonatito, sin valor... pobre. Fíjense que ni tiene segunda vuelta"

El único contendiente que supo vencerlo fue el exceso: de mujeres, de tabaco, de licor; que juntos lo arrastraron hacía un desenfrenado estilo de vida que finalmente se llevó al ídolo que no quiso serlo. Murió en la más absoluta precariedad con menos de cincuenta años de vida. Su vida de libertinaje le pasó cuentas y esta vez, su talento no pudo salvarlo como lo hacía en el campo.

"Yo no vivo la vida, la vida me vive a mí" llegó a decir alguna vez cuestionado por sus desenfrenados excesos. Esa frase resume la vida de un hombre al que no le interesaba la gloria eterna pero la consiguió. Aquel al que no lo desvelaba coronarse campeón del mundo pero obtuvo dos títulos. Aquel que no quería ser más que un jugador de fútbol pero que como reza su epitafio se convirtió en "el hombre que fue la alegría del pueblo: Mané Garrincha".

Años más tarde, Brasil naufragó en un mar de dudas al no encontrar la gloria en cuatro campeonatos del mundo. Pese a la brillante actuación del seleccionado

brasileño en España 1982, la Copa volvía a ser un objetivo esquivo. Es en Italia 1990 donde Brasil traicionó lo que había conseguido. Tal y como cuenta Alejandro Pino Calad, periodista deportivo: “El peor Mundial de Brasil fue Italia 90. Después de la magia del 82 se trató de cambiar a un estilo más físico que comenzó en el 86, no funcionó, y en el 90 fracasó rotundamente cuando los elimina Argentina en octavos de final”, además agrega: “Si bien el Brasil del 94 tenía un poco de esa herencia de exceso de táctica, tenía la magia de Romario, de Bebeto y de Raí, tenía una buena dosis de talento con el orden táctico que recuperó la gloria para Brasil en los mundiales”. Y fue justamente en esta cita orbital, en donde el *Jeitinho* resurgió.

Décadas después, en medio de una generación dorada, una estrella brillaba más que las otras. Aunque usaba el diminutivo del jugador franquicia de Brasil en los 90 y comienzos del nuevo milenio, Ronaldinho supo labrar su propio camino a base de magia. Desde su aparición con el Gremio de su tierra natal, Porto Alegre, Ronaldo de Assis Moreira mostró el talento que lo ayudaría a convertirse en el mejor jugador del mundo.

Autor de las más ingeniosas proezas con el balón, ‘Ronnie’ hacía evocar aquel Jeitinho clásico: movimientos que hacían recordar los bailes propios de los carnavales brasileños, malabares con el balón que rememoraban la precisión y la destreza de los movimientos del Capoeira. El Jeitinho más puro había vuelto en el cuerpo de un joven que jamás perdía la sonrisa al jugar fútbol.

Dueño de un Balón de Oro que lo encumbraba como el mejor jugador del mundo y habiendo ganado todos los títulos más importantes del planeta (Copa del Mundo, Copa América, Champions League, Copa Libertadores, Balón de Oro y Jugador del Año de la FIFA), ‘Dinho’ tenía el potencial suficiente para marcar época, sin embargo, igual que a otras grandes estrellas brasileñas, la caprichosa noche lo sedujo con mujeres, licor y fiestas.

Ronaldinho, junto con otras grandes figuras como Ronaldo, Rivaldo, Roberto Carlos y Kaká, lograron conquistar el quinto título del mundo en tierras del lejano oriente. Esta generación desempolvó de los antiguos anaqueles la alegría y la picardía propias del jogo bonito y enamoró al mundo con cada

pase, cada gambeta, cada filigrana, cada gesto técnico que hizo homenaje a aquel Jeitinho que jugaban los marginados, aquellos que por su talento se fueron ganando la aceptación de sus compatriotas más acaudalados.

Brasil es el país con más talento futbolístico del mundo. Cada día, en cada pelada, están surgiendo y formándose los herederos de una dinastía que perdurará para la eternidad. Los nuevos Pelés, Garrinchas y Ronaldinhos viven en una nación que respira y siente el fútbol como parte fundamental de su identidad, igual que aquella forma de engañar a la vida...ese encanto llamado Jeitinho.

Cadena perpetua

Más de doscientas mil almas calladas, impávidas ante lo increíble del acontecimiento que acaban de presenciar. Un país entero estupefacto, paralizado y desmoralizado tras perder lo que consideraban ya ganado. Una desgracia que no desaparecerá nunca de la memoria de Brasil, una nación acostumbrada a celebrar gracias al fútbol, pero que en ese fatídico 16 de julio de 1950 en el Estadio Maracanã tuvo que lidiar con el trago más amargo de su historia: una derrota eterna.

El inicio de esta historia se da cuando Brasil, una nación en la cual el fútbol es pan de cada día, quiso empezar a hacerse un lugar dentro de las grandes potencias del fútbol a nivel mundial y para satisfacer su hambre de gloria solo había un camino: ganar su primer campeonato del mundo. Para esta misión presentó su candidatura, en plena II Guerra Mundial, compitiendo con Alemania por la organización de la Copa del Mundo a realizarse en 1942. Por supuesto el mundo se intentaba reponer de los estragos de la terrible guerra por lo que no fue sino hasta 1949 cuando al único candidato, Brasil, le fue adjudicado el gran honor de albergar la cuarta edición del torneo más prestigioso a nivel futbolístico. Eran el tiempo y el lugar propicio para empezar a convertirse en leyenda, su tierra natal los convertiría en hitos si se alzaban con la victoria. Como era apenas lógico muchas naciones declinaron participar, lo que limitó el número de competidores a trece, entre las que figuraban la bicampeona Italia y la primera campeona, Uruguay.

Las dificultades por encontrar participantes desembocaron en un formato de torneo que no tuvo precedentes: los equipos se organizaron en dos grupos de cuatro selecciones, uno

de tres y el último de tan solo dos, en donde el título se disputaría entre el mejor de cada grupo, definiendo al campeón mediante un cuadrangular. La organización parecía un preámbulo de lo extraño que traería consigo el Mundial para la selección anfitriona. Un arranque furioso ante México hacía crecer las ilusiones del pueblo brasileiro y su sed de victoria y gloria se intensificaba cada vez más. Un 4-0 que hizo florecer la esperanza de victoria sería sorpresivamente acallado por los murmullos de incertidumbre cuando, en su segunda salida, Brasil no pudo pasar del empate ante Suiza. El primer gran obstáculo en el camino brasileiro a la gloria sería superado gracias a su victoria ante la poderosa Yugoslavia, lo que le permitió acceder al cuadrangular final. El triunfo estaba cada vez más cercano, las calles brasileiras ya empezaban a respirar el optimismo y el blanco de su camiseta se preparaba para bordar con orgullo su primer logro mundial.

Los buenos augurios aumentaban con cada abultada victoria y tras derrotar a Suecia (7-1) y a España (6-1) la gloria tocaba sus puertas y esperaba al onceno carioca en aquel estadio construido

especialmente para llegar al Olimpo del fútbol.

Llegó el día más esperado por toda una nación. Las calles brasileiras se adornaban con los colores de su país. Niños y adultos se reunían en un solo clamor de victoria que retumbaba en todo el continente. Uruguay era el escollo final para al fin alcanzar el objetivo. Más de doscientas mil almas llenaron el Estadio Maracanã para ser testigos directos de cómo sus representantes calmarían, al fin, esa hambre de gloria eterna. A los 47 minutos Brasil se fue arriba en el marcador y todo un país derramaba lágrimas de júbilo, fundidos en un solo abrazo, los brasileiros veían cada vez más cerca aquel esquivo título. Pero el primer golpe vendría a los 66 minutos cuando Uruguay, gracias a Schiaffino, silenció los vitoreos brasileiros al marcar el tanto del empate. Trece minutos después la más terrible pesadilla se haría realidad. El encargado de enlutar a toda una nación (y al mundo entero dada la sorpresa del hecho) fue Alcides Ghiggia, un nombre que aún hoy retumba en los anaqueles de las tragedias brasileiras.

Y no, no es una exageración acotar el término 'tragedia' al terrible martirio que

sufrió el pueblo brasileiro. Según se cuenta, justo después del pitido final en el Maracaná, decenas de brasileiros optaron por el suicidio al ver el tamaño de la decepción. El resto del país, que no acababa de entender lo sucedido, poco a poco comprendía que ya no habría fiesta y que para Brasil, la gloria seguía esquivada. La leyenda del “Maracanazo”, como se conoce a este evento, surgió.

A todo lo anterior hay que agregar a una persona a la que la vida, literalmente, le cambió del cielo al infierno. Moacir Barbosa, arquero del onceno brasileiro había obtenido múltiples títulos con su equipo, Vasco da Gama, y un título de Copa América (antiguamente llamada Campeonato Sudamericano). Como el resto de sus compañeros, Barbosa perseguía el sueño de llevar a Brasil al sueño más grande de una selección: el título del campeonato del mundo. Pero aquel 16 de julio la vida de Barbosa se transformó en tragedia. Fue culpado de la hecatombe futbolística acontecida en el Maracaná.

“Cuando me di cuenta de que la pelota estaba dentro del arco, un frío paralizante recorrió todo mi cuerpo y sentí de inmediato la mirada de todo el Maracaná

sobre mí”, contó Barbosa tiempo después del recordado partido. Y no solo fue el Maracaná, todo Brasil se ensañó con el que irónicamente fue nombrado como el mejor arquero del torneo. Su vida se volvió un calvario, fue rechazado por sus compatriotas, no se le permitía su estancia en sitios públicos y en las calles el fantasma del fracaso lo perseguía a cada instante. “Mira, hijo, este hombre fue quien hizo llorar a todo Brasil”, le dijo una mujer a su hijo, más de veinte años después del hecho, cuando Barbosa transitaba por Rio de Janeiro, tratando de buscar el anonimato y el olvido.

En la Copa del Mundo de 1994, Barbosa intentó transmitirle sus ánimos a la plantilla que representaba a Brasil en Estados Unidos, pero la respuesta que recibió por parte del técnico Mario ‘Lobo’ Zagallo, lo hizo comprender que jamás, ni siquiera el día de su muerte su nación lo indultaría: “Llévense lejos a este hombre, que sólo atrae a la mala suerte”.

Barbosa terminó sus días ayudando a cuidar la grama del estadio que trajo su infortunio. El Maracaná acogió al hombre que pasó de la gloria al martirio en menos de una hora. Cortando el césped de su

verdugo, Moacir Barbosa repasaba una y otra vez las acciones que lo condenaron a su eterno suplicio y que lo llevaron a pronunciar las palabras que ayudan a comprender la envergadura de su yerro: "En Brasil, la condena máxima es de 30 años. La mía fue perpetua".

1924: la gloria *charrúa*, por sobre la farsa *Mundial*

En medio de dos grandes potencias como Brasil y Argentina, se encuentra ubicado un país que, en busca de reivindicar lo pequeño de su territorio, decidió ser grande en corazón. Así es Uruguay, o mejor dicho: la República Oriental del Uruguay.

Para los uruguayos, el único límite que existe es el cielo, y es precisamente por esto que, desde 1930, el azul celeste refleja su talante; su pasión. La selección brasileña, con cinco títulos, puede ser la más ganadora de la historia mundial, pero, en cualquier momento este título puede cambiar de manos, incluso de continente. Sin embargo, el ‘Primer Campeón’ es para siempre.

Así lo afirmó el periodista colombiano, Alejandro Pino Calad, cuando dijo: “puede que Uruguay no te vuelva a ganar un Mundial, pero está el mito. Muy pocos países tienen una mitología, y Uruguay tiene eso. Después de todo, ¿cómo no va a tener un mito, y cómo no va a ser un

grande Uruguay, que ganó dos (Copas del Mundo)?”

Los años pasarán y con ellos cientos de jugadores que en algún momento querrán alzar la tan anhelada Copa del Mundo, la misma que hace casi 90 años José Nasazzi levantó hacia los cielos, sin que ningún otro futbolista hubiese podido hacerlo antes.

Fue este triunfo mundialista, así como el de 1950 ante Brasil, lo que logró enamorar a los uruguayos, quienes, a pesar de no contar con la tecnología de hoy, no dudaban en seguir cada trote, patada y gol de su Selección.

Ya lo dijo el escritor uruguayo, Eduardo Galeano, en su libro ‘El fútbol, a sol y sombra’: “*Todos los uruguayos nacemos gritando gol y por eso hay tanto ruido en las maternidades, hay un estrépito tremendo. Yo quise ser jugador de fútbol como todos los niños uruguayos*”.

La gloria sudamericana se vislumbra en la camiseta celeste de Uruguay y la historia del fútbol tiene en su camiseta cientos de páginas dispuestas a ser leídas.

¿Mundial u Olímpicos?

A lo largo de la historia de los mundiales de fútbol, ocho selecciones han sido las afortunadas en levantar este trofeo: Brasil con cinco títulos; Alemania e Italia con cuatro; Uruguay y Argentina con dos; e Inglaterra, Francia y España con uno. La suma total de estos da veinte; mismo número que la FIFA aprueba como los campeonatos del mundo oficiales.

Sin embargo, pareciese que hubiera un vacío en este cuento llamado Mundial de Fútbol. Aunque en casi todo el mundo se tiene el conocimiento de que la cita mundialista inició en 1930 con Uruguay como campeón, para algunos grupos de personas, como los mismos uruguayos, se están omitiendo dos ediciones anteriores como campeonatos oficiales: la primera en 1924 y la segunda en 1928.

A pesar de que ambos torneos solo se representaban como las competencias futbolísticas de los Juegos Olímpicos de París y Ámsterdam, respectivamente, la FIFA era la entidad encargada de su organización por lo que decidió otorgarles a estas justas el carácter de “Campeonato Mundial de aficionados” (tal y como lo dice su página oficial).

Igualmente, la polémica ahonda mucho más allá al saber que Uruguay también fue el campeón del fútbol en este par de eventos deportivos. En consecuencia, en la idiosincrasia ‘charrúa’ son cuatro los títulos mundiales que han ganado: los dos de la controversia, más los de 1930 y 1950, oficiales ante la FIFA. Así lo demuestra ésta Selección sudamericana al portar en su camiseta el escudo oficial de la Asociación Uruguaya de Fútbol (AUF) con cuatro estrellas sobre éste, en vez de solo dos.

Bueno, todo lo dicho hasta aquí solo representaría un capricho por parte de los uruguayos y su necedad de ver campeonatos oficiales donde nunca han existido.

Sin embargo, hay una parte de la historia que no se ha contado hasta este momento en la lectura y que se observa muy fácilmente en un simple recurso web. En la página oficial de la FIFA se hallaba alojado el documento ‘Orígenes de la Copa Mundial de la FIFA’, cuyo título por sí solo no dice mucho. No obstante, algunas de sus líneas lo dicen todo: “*A condición de que los Torneos Olímpicos de Fútbol se celebren de acuerdo con la reglamentación de la FIFA, esta última*

reconocerá este torneo como un campeonato mundial de fútbol”, era la afirmación que se hallaba en el documento ya nombrado, en relación con los parámetros con los que se ejecutaría el fútbol olímpico en 1924 y, posteriormente, en 1928, tal y como lo recogió el periódico ‘El País’ en 2016.

Así de simple. No había tapujos o eufemismos como “Campeonato Mundial de **aficionados**”. No. Simplemente se decía de la manera en que se supone se estableció en la década de 1920: un campeonato oficial.

Curiosamente, sin saber el porqué, dicho escrito fue eliminado del sitio web de la FIFA.

¿Actos racistas?

“Hoy en día la FIFA reconoce que el torneo de 1924 fue dirigido por ellos (...) También reconoce las estrellas de Uruguay (1930 y 1950), y aceptan las dos estrellas suplementarias (1924, 1928), pero no le dan el mismo valor”, dice Pierre Arrighi, un historiador franco-uruguayo quien se ha dedicado en los últimos años a la reconstrucción de lo que son las primeras copas mundiales de fútbol. Es el mismo Arrighi, quien en su

preocupación, trata de aclarar de una vez por todas si los Juegos Olímpicos de París en 1924 albergaron la primera Copa del Mundo o no.

Por ello, en busca de aclarar esto, Pierre explica que una de las principales razones para que la FIFA no avalará la competencia de 1924 ni la de 1928 era el inminente rechazo a la victoria de un equipo ajeno a Europa, tal y como lo era Uruguay.

“Es increíble que entre ellos mismos (franceses) no valoricen la obra que hicieron en 1924 (...) y que Inglaterra, al vincularse de lleno a la FIFA en 1954, quisiera eliminar del todo la historia previa a ese año”, dijo el investigador uruguayo en relación con los actos de discriminación y ‘odio’ que pudieron haber tenido las federaciones europeas contra Uruguay y contra Sudamérica. Sin duda alguna, todas esas lagunas creadas de manera deliberada, por grandes poderes del fútbol mundial, son las mismas que persisten hasta hoy.

También hablan las leyes

Además, es posible resaltar que, según el reglamento establecido por la FIFA en enero de 1924, sería la primera vez que

los 22 equipos participantes de este torneo (los cuales venían de todas partes del mundo) podrían incluir deportistas netamente profesionales. Por lo que, de manera tácita y sencilla se cumplían con dos requerimientos que no solo planteaban este campeonato como oficial, sino como mundial: profesionalismo y categoría internacional.

Dichas reglas fueron publicadas respectivamente por medios oficiales de la Federación Francesa de Fútbol como el 'France Football', y por otros de circulación nacional como el 'Très Sport'.

Por último, pero no menos importante, hay que explicar que en el formato propio de una 'Copa' (eliminativas directas desde el primer partido), los torneos de 1924 y 1928 son los únicos que han cumplido con esta norma. Por el contrario, desde 1930 se han venido implementando una fase de grupos simulando un estilo meramente de campeonato, en el que se puede jugar más de un partido, aunque en instancias finales retomen el formato de eliminación de la Copa.

El poder de la palabra

Asimismo, muchos dicen que en el mundo del deporte, más que en cualquier otro, las palabras son absorbidas por el tiempo. Sin embargo, el papel es inmortal. Es por esto que cuando se une la verdad que los documentos ofrecen, con la facilidad que tienen los periodistas para contar una historia, se puede recopilar información que intervenga en los debates con la misma fuerza que un rayo lo haría en la tierra.

Es claro que dejar pasar la observación de grandes periodistas franceses de la época como Gabriel Hanot sería como evadir la autoridad que representa García Márquez en el 'boom' de la literatura latinoamericana del siglo XX.

Hanot, quien fuese el creador todopoderoso de la Copa de Europa (actual Champions League) y el Balón de Oro, resaltaba entre las páginas del Miroir des Sports (revista semanal deportiva cuya última edición se presentó en 1968) que "fue el mejor de los 22 equipos el que ganó el formidable **campeonato del mundo de fútbol**".

De la misma forma, Lucien Gamblin, ex jugador francés de los años 20; periodista

de L'Auto y France Football; así como miembro de la Federación Francesa de Fútbol, para 1924 redactó un comunicado titulado "El fútbol olímpico", el cual fue publicado en Très Sport, en mayo de dicho año. Lo interesante de este documento no solo es que Gamblin aclaró que el torneo de 1924 era "el primer campeonato del mundo", sino que le añadió un particular adjetivo: "de verdad".

Esa cualidad rompe toda barrera, porque no se está hablando de un torneo que reunió a cualquier equipo; por el contrario resalta la participación de las potencias futbolísticas de la época en una Copa que "de verdad" tendría la esencia de ser mundial.

Sin embargo, tal como hiena en busca de carroña, la mano de los ingleses volvió a poner autoridad sobre lo que se consideraría como verdad. Tanto las declaraciones de Gabriel Hanot como las de Lucien Gamblin y de muchos otros periodistas que desde el primer momento defendieron la idea de los Olímpicos de 1924 como el primer Mundial de fútbol, fueron víctima de la censura y la difamación de expertos europeos, en lo

que se ha caracterizado como la "leyenda negra del fútbol celeste".

Bajo este término se entiende la 'necesidad' de los británicos por abolir cualquier recuerdo que quedará de aquella generación dorada del fútbol uruguayo; campeona en 1924 y 1928. Hombres como Tony Mason (inglés) y Alfred Wahl (francés) se encargaron de dictaminar la historia oficial de la FIFA, aprovechando la influencia que tenían los ingleses sobre esta organización, sobre todo desde 1980. Por supuesto que ésta historia denominada como oficial intentó erradicar toda gloria uruguaya o sudamericana que existiese, al menos, antes del Mundial de 1930. Tristemente, en gran o pequeña medida, lo logró.

El primer campeón

Sea como sea, Olímpicos o Mundial, la Selección sudamericana logró cautivar al mundo cuando ninguna otra lo hizo.

Así lo reafirma David Díaz Bejarano, un politólogo, experto en la historia del balompié internacional y creador de 'Pinceladas de Fútbol', al declarar que "un Mundial es la cita máxima (...) y Uruguay tiene dos. Pero no olvidemos que antes de que empezaran los

Mundiales fueron los campeones de los Juegos Olímpicos de 1924 y 1928, lo cual lo hacen merecedores de un mérito realmente particular”

No en vano uno de los decanos del fútbol uruguayo, Enrique Lichtenberger, fundador del Albion Football Club de este país, confesó con gran gozo que “el grandioso triunfo que acaba de obtener el Uruguay en París (en 1924) es para mí (...) como uruguayo, y (...) como iniciador del juego en mi patria, de tal extraordinaria magnitud que no puedo menos que admitir que nuestra obra tesonera (...) ha tenido un éxito jamás soñado.”

No llores por mí, Argentina

De la canción que inmortalizó el discurso de Eva Perón frente a la Casa Rosada en 1946, su título y estribillo podría ser el mensaje de la Copa del Mundo hacia la Argentina: “No llores por mí, Argentina”. Amores y desencuentros, genialidades y fracasos, genios y dictadores. La historia mundialista de la albiceleste va muy de la mano de las características de sus pobladores. Alrededor del mundo cientos de jugadores argentinos llenan las canchas con el descaro de sus gambetas, la viveza de su estilo, las finas fragancias de aquellos guerreros surgidos del potrero, el peso de su historia representada en dos estrellas fulgurantes en el pecho albiceleste.

Siempre protagonistas, por lo bueno o por lo malo, el convidado gaucho es un infaltable en las citas orbitales que definen al campeón del mundo. Con dos coronas a cuestas, la historia futbolística de Argentina ha tenido muchos altibajos. Desde su aparición en la final del primer Mundial, pasando por una sequía de 24

años en que no clasificó o quedaba rezagado en los últimos lugares, hasta sus dos consagraciones en el olimpo del fútbol. Los colores celeste y blanco de su hermosa bandera han estado presentes desde siempre en los primeros planos del balompié.

La “Mano Negra” sobre el Monumental de Núñez

“El fútbol es el opio del pueblo”, declaman aquellos a quienes el rodar del balón sobre el césped no deslumbra. Grandes eventos como las copas mundiales de fútbol atraen por treinta días los ojos del mundo hacia un puñado de almas disputándose la gloria durante 90 minutos. Pero detrás del vitoreo y la pasión existen manos negras que perpetran los más terribles actos y los escudan tras un balón de cuero.

Se dice que Jorge Rafael Videla, recio militar argentino, en su sed de poder y autoritarismo, emuló al poderoso dictador Benito Mussolini al organizar en su país un evento masivo que atrajera la atención mundial e impidiera ver los sollozos de un pueblo sometido a una terrible

dictadura. Se rumora que tal y como Mussolini organizó la Copa Mundial de Fútbol en 1934, Videla quiso esconder los más oscuros crímenes cometidos por él y sus hombres escudándose en los valores propios del deporte. Los sonidos de los miles de asesinados, desaparecidos, secuestrados y torturados fueron cruelmente acallados por el bullicio del mundo centrado en un balón y el pitido de un silbato que marcaba el funesto final de miles de inocentes almas argentinas. Y tal y como ‘Il Duce’, Videla se propuso ganar el título del mundo sin importar qué métodos utilizaría, por lo civil o lo criminal.

Tanto Videla como Mussolini consiguieron su objetivo al coronarse como la mejor selección de la historia usando métodos similares. Según dicen, en tan solo una conversación de Mussolini con Giorgio Vaccaro, presidente de la Federación Italiana de Fútbol, se pudo denotar la obsesión del mandatario italiano con obtener el ansiado título:

- “No sé cómo lo hará, pero Italia debe ganar el campeonato”

- “Haremos todo lo posible...”

- “No me ha comprendido bien, general. Italia debe ganar este Mundial: es una orden”

Por lo anterior no es extraño encontrar murmullos de corrupción, amenazas y métodos que van desde nacionalizar a varios campeones mundiales que se habían coronado con la Selección uruguayo cuatro años antes (véase Luis Monti, Atilio Demaría, Raimundo Orsi o Enrique Guaita) hasta amenazar al seleccionador italiano con una frase lapidaria: “Señor Pozzo, usted es el único responsable del éxito; pero que Dios le ayude si llega a fracasar”. El afán por legitimar el fascismo hizo que Mussolini iniciara una nueva forma de ver el deporte: como una poderosa cortina de humo que hiciera acaparar la atención del mundo sobre hombres en busca de la gloria deportiva, para así ocultar las atrocidades cometidas por los dictadores.

Décadas después Jorge Rafael Videla quiso usar dicha estrategia con métodos muy similares a los del Mussolini. Cuentan los rumores que Videla, en su afán por agrandar la cortina de humo, usó toda clase de artimañas para que la albiceleste diera la tan ansiada vuelta olímpica en el Monumental de Núñez -

como al final pasó-. Fuertes murmullos transitan incesantes sobre los métodos que usó Videla para lograr su objetivo, entre los que figuran sobornos y amenazas; pero todos se centran en aquel 21 de junio de 1978 cuando un suceso extraño avivaría las sospechas de fraude.

Argentina llegaba al partido contra Perú con la necesidad de ganar por más de cuatro goles para poder disputar la gran final. Pero enfrente esperaba la generación de jugadores peruanos más brillante de su historia, recordados por trancar el sueño de gloria argentino ocho años antes. Nombres como los de Cubillas, Chumpitaz, Oblitas y Sotil auguraban una tragedia futbolística en los aposentos del tango. Sin embargo, para sorpresa de todos, Argentina pasó por encima del seleccionado inca y lo acribillo con un impensable 6-0. De inmediato una sombra de envilecimiento invadió los campos argentinos, una sombra temida por su imponente figura de cóndor, aquel animal que fue usado para instaurar dictaduras por todo el continente y que traía consigo un inusual trato entre mandamases, de cambiar trigo y políticos por goles.

Pese a que los protagonistas contaron la verdad a cuentagotas, la espantosa mano negra se hizo presente, mucho más que nunca, en el evento sagrado y cúspide del fútbol. Se ensució su buen nombre y se enlodó la que debería haber sido una historia totalmente llena de gloria. Pues, allí, un puñado de guerreros argentinos alcanzó la cima del mundo futbolístico gracias a sus soberbias actuaciones y permitieron bordar por primera vez con letras doradas, tanto como el sol que destella en su bandera, el nombre de Argentina para la eternidad

El Mundial del 78 quedó marcado por la sangre de argentinos inocentes que corría al mismo tiempo que Passarella y Kempes, con empuje y talento, dejaban la piel en el terreno de juego, el mismo que era custodiado por millones de papelitos picados, como si fueran los votos sagrados de todo un país que necesitaba brindarse una alegría en medio de su agonía.

De mortal a deidad

“Maradona no es una persona cualquiera, es un hombre pegado a una pelota de cuero, tiene el don celestial de tratar muy bien al balón, es un guerrero”. Tal vez sean estas palabras escritas por Calamaro,

las que mejor definen lo que significa la mítica figura de Diego Armando Maradona, un genio que trascendió el fútbol para volverse leyenda social.

Surgido de la humilde Villa Fiorito, entre barro y escasez, el Diego moldeó su pierna zurda, que parecía ser concebida por los mismísimos dioses del Olimpo. No fue difícil para él descollar en la liga de su país, volviéndose ídolo de Argentinos Juniors (su estadio fue nombrado en honor a él) y principalmente en Boca Juniors, uno de los equipos más grandes del continente. Allí supo que estaba destinado al éxito, y a medida que su fútbol crecía su figura se hacía mucho más imponente, más mítica. Pronto tierras españolas lograron custodiar su mágica zurda, recalando en una ciudad urgida de talento desde la partida de su último gran ídolo, Johan Cruyff. Barcelona acogió a Maradona, con esperanza de ambas partes por hacer más grande sus colosales historias. Pero el caprichoso destino puso obstáculo tras obstáculo para impedir que Diego triunfara en donde Cruyff se hizo inmortal.

Italia acogería a Maradona con especial agrado. Un hombre para nada apegado a las reglas, pronto se acostumbró a no

respetar a los encopetados monarcas del fútbol italiano. Juventus, de la mano del fantástico Michel Platini, dominaba a placer una liga que carecía de beligerancia, de rebeldía. Tomando a un equipo chico, Diego logró hacerle frente a tan poderoso equipo, logrando esfumar la engreída sonrisa de una Vecchia Signora acostumbrada a reinar sin rival alguno. Nápoles se volvió tierra maradoniana, en donde aún es venerado como a un dios que les dio la oportunidad de soñar en grande, de irrespetar el *status quo* del fútbol y por qué no, de su vida diaria. Pero sería un par de años después, en una tierra que vio a Pelé firmar con letras de oro su entrada al olimpo del fútbol, en donde Diego Maradona daría el paso definitivo para convertirse en mito.

Innumerables letras se han escrito para definir la actuación de 'El Diego' en México 86, pero tal vez sea una sola la que lo defina sin rodeos: épica. Y no es solo por lograr conquistar el título del mundo con la suficiencia con que la consiguió, eliminando rivales de altísima jerarquía, ni tampoco por la increíble metamorfosis del equipo argentino que meses atrás se tronzaba en una pelea en un hotel en Colombia dado lo penoso de su juego. Es por ser uno de los pocos

sujetos en la historia de este deporte en ganar una guerra moral luego de perder una real. Maradona, en el partido de cuartos de final contra Inglaterra, le brindó esperanza y satisfacción a un país en donde escaseaba la ilusión.

Setenta y cuatro días de penuria en un par de islas arropadas por el Atlántico. Las Malvinas vivieron en abril de 1982 el desesperado intento de la dictadura militar argentina por recuperar la soberanía de la que consideran parte de su territorio y el choque de egos nacionalistas venidos a menos. Esta confrontación entre argentinos y británicos data de la época colonial, en donde estos últimos reclamaron a viva voz las Malvinas como suyas, expulsando a sus pobladores originales e izando el azul, el blanco y el rojo de la bandera británica en tierra sudamericana.

Con la pérdida de las Malvinas, Argentina se sintió herida en su patriotismo y desde ese entonces inició un litigio en pro de recuperar el territorio que alguna vez fue de su pertenencia. Décadas después y sumidos en una crisis social y económica que hacía prever su final, la dictadura militar de Argentina en un desesperado intento por aplacar los ánimos de sus

ciudadanos, propuso recuperar las Islas Malvinas, arrebatándolas del poderío británico comandado por la ‘Dama de Hierro’: Margaret Thatcher, quien también atravesaba las tempestuosas olas de la crisis económica y la aún presente amenaza comunista en tiempos de la Guerra Fría.

Para ambos contrincantes, la victoria y la derrota traerían consigo consecuencias similares: significaría un oasis de júbilo que aliviaría temporalmente la crisis interna en caso de salir victoriosos, pero en la derrota, terminaría por hundir a una nación golpeada económica y socialmente, dándole la estocada final al herir su orgullo patrio. Tras una lucha de más de dos meses Gran Bretaña salió victoriosa y en el pueblo argentino la ilusión de recuperar lo que alguna vez fue parte de ellos se desvaneció. La dictadura se desplomó conforme caían sus tropas frente al dominio británico y un año después, tras décadas de autoritarismo, Argentina volvería a la democracia.

El destino quiso que Argentina e Inglaterra se encontraran cuatro años más tarde en una batalla con una única arma: un balón de fútbol. Maradona inmortalizó su figura al tomar, por unos segundos, el

papel de mandatario de los argentinos, bombardeando con genialidades las trincheras inglesas, disparando ráfagas de talento con sus gambetas, apelando a lo prohibido con un gol con la mano que quedará en las pupilas del mundo para la eternidad.

Ganar ese partido, de la forma en que lo hizo, fue darle una bofetada al orgullo inglés que se regocijaba por ganar la Guerra de las Malvinas. Ese día el fútbol demostró que pese a ser un juego, puede llegar a aflorar el patriotismo de un pueblo devastado, que salió a la calle con lágrimas en los ojos para cantar a toda voz una victoria que los haría inmortales. Nada más importaba, tanto vencedor como vencido sabían de la relevancia histórica que tendrían esos 90 minutos en que un hombre con un balón pasaría de mortal a deidad.